

PARSONS O EL ELOGIO DE LA DUDA

Talcott Parsons, el célebre y controvertido sociólogo norteamericano, *la bête noire* de la *intelligentsia* radical, el Marx de la ciencia social burguesa, el orfebre del abstruso *El Sistema Social* y de la ambiciosa *La Estructura de la Acción Social* acaba de morir. Probablemente la figura americana más debatida del pensamiento sociológico de este siglo, falleció el 8 de mayo cuando se encontraba visitando la Universidad de Heidelberg para dictar una serie de conferencias. Falleció, si se quiere, donde debía: en la tierra donde comenzó cuarenta años antes su fecunda formación sociológica. Previamente, en su tierra natal, en los Estados Unidos, se había formado como economista para luego viajar a Europa a fin de continuar sus estudios de posgraduación. Permaneció un año en la London School of Economics sin que, en rigor, sufriese alguna influencia notoria de la cultura empiricista y utilitarista inglesa en el desarrollo posterior de sus ideas y teorías. Fue, quizás, por lo demás, su antipatía latente contra esa cultura lo que lo llevó a trocar rápidamente, después de un año, Londres por Alemania. De allí surge el Parsons que todo el mundo conoce; de ahí, en buena parte, se apoderó de un bagaje considerablemente sólido de ideas que le permitieron conquistar el liderazgo intelectual que construyó, prácticamente solo, en décadas posteriores; y es, para ser rigurosos, con ideas de ese mismo ambiente como pueden ser puestas al desnudo las debilidades últimas del pensamiento de Parsons.

No porque esté muerto es lícito hacer ahora, por razones meramente ceremoniales, caracterizaciones apoloéticas de Parsons. Su estatura intelectual se mide exactamente por el hecho de que esas caracterizaciones serían, aún en vida, consideradas justas. No me parece una exageración considerar a Talcott Parsons como el Auguste Comte del siglo XX para la sociología de hoy. Parsons, efectivamente, se responsabiliza, como Comte se responsabilizó en el siglo anterior, por la sistematización de un cuerpo de conocimiento hasta entonces relativamente fragmentado y aún no dominante. Comte, como buen francés, proponía una sistematización grandiosa de las ciencias; Parsons, como buen americano, proponía una sistematización exhaustiva de la sociología. Aquel reivindica un proyecto de espaldas -y en oposición violenta contra la tradición historicista; este reivindica, con un *animus* no menos entrañable,

* Egresado del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Bogotá, actualmente es profesor del Instituto Universitario de Investigaciones de Rio de Janeiro. Escribió esta nota el 11 de Mayo de 1979. Publicada en *DADOS*, Rio de Janeiro, N° 21, 1979.

su proyecto contra el pensamiento marxista, heredero del historicismo. Ambos, por lo demás, Comte y Parsons, traban la batalla situándose en el mismo terreno estratégico y aparentemente inexpugnable para los menos intrépidos intelectualmente: el legado —cartesiano en Comte y kantiano en Parsons— de un ideal de conocimiento científico de lo social como un sistema analítico, abstracto y de naturaleza deductiva. Ambos, finalmente, tratan con el conocimiento de la historia y de la sociedad de la única manera posible dentro de ese terreno: con esquemas evolucionistas de explicación que revelan, en el fondo, no ser más, en rigor, que esquemas simplistas de clasificación del objeto histórico.

¿Por qué, entonces, la importancia e influjo formidables de un Talcott Parsons en el ámbito de las ciencias humanas? ¿Cómo fue posible que, a pesar de las debilidades de método y de perspectiva teórica, lograra prácticamente trazar la agenda de desarrollo de la reflexión sociológica contemporánea? Antes de dar una respuesta, es necesario situar la importancia de Parsons en los límites adecuados dentro de los cuales su influencia se hizo, de hecho, sentir. Parsons, más que cualquier otro cientista social, logró definir un programa de trabajo sociológico por desarrollar; los contornos de ese trabajo tienen vigencia, no obstante, estrictamente en el campo del pensamiento *académico*. Comte no disfrutó de ese privilegio por una serie de contingencias, las más relevantes de las cuales fueron, en primer lugar, la inexistencia de un circuito relativamente articulado de instituciones académicas que le hubiesen permitido la divulgación eficiente de sus ideas y, en segundo lugar y desde una perspectiva teórica, la crítica esencialmente devastadora de su discípulo Emile Durkheim con relación a la naturaleza mezquinamente utilitarista de la moralidad comteana, crítica todavía más contundente gracias a la autoridad intelectual de Durkheim. El liderato intelectual de Parsons en el mundo académico provino principalmente de la combinación de los aspectos atrayentes de la tradición comteana —aumentados y condimentados por Parsons con contribuciones pioneras del pensamiento alemán— y de coyunturas ajenas al control del propio Parsons.

Parsons se benefició enormemente de la inexistencia de una respuesta burguesa de carácter sistemático a las cuestiones sobre el hombre, la historia y la sociedad que el pensamiento marxista venía respondiendo hacia dos generaciones. La teoría parsoniana representa, de hecho, la primera y, quizá, única respuesta sistemática y coherente de cuño liberal —con excepción del utilitarismo— a las grandes cuestiones para las cuales el marxismo tenía respuesta. Después de todo, el evolucionismo, el único *sistema* de explicación burguesa anterior a Parsons no era más que un principio de clasificación y, en el mejor de los casos, de “interpretación” formal. Ese sistema, además, estaba en franco descrédito en la ciencia burguesa de la juventud de Parsons y los grandes, genuinamente grandes sociólogos burgueses de ese período, Max Weber y Emile Durkheim, resistieron —el primero de forma explícita y el segundo de manera práctica en sus trabajos— cualquier intento de sistematización de un cuerpo de doctrina y de conocimiento sociológicos. El proyecto parsoniano de desarrollar una teoría *general* que diera cuenta de la explicación de la sociedad con categorías analíticas (no marxistas) tenía, obviamente, todas las probabilidades de triunfar por razones prácticas.

Se benefició, junto con Comte, de la trampa tentadora que la razón trascendental coloca siempre en el camino de toda teoría general: la necesidad estética de construir un sistema de conocimiento armonioso, arquitectónico, cerrado, *self-contained* que hiciese innecesario definitivamente la inclusión de factores, fuerzas o elementos fortuitos, contingentes, en una palabra, *históricos*. La teoría parsoniana, la sociolo-

gía estructural-funcional, la teoría general del sistema social, respondía a esa urgencia estético-trascendental: cultura, historia, moral, derecho, instituciones y todo lo demás era ahora susceptible de ser explicado con las categorías analíticas laboriosamente creadas de la teoría del sistema social desarrollada por Parsons.

Se benefició, como Comte no pudo, de la existencia antes larvaria y ahora desarrollada de un sistema académico profesionalizante, burocratizado y progresivamente internacional que, en cuanto tal, ansiaba por una ortodoxia y contaba con los instrumentos organizativos adecuados --la masificación de la enseñanza superior, la proliferación de centros de posgraduación, la multiplicación de asociaciones de la disciplina, etc., para la formación de una escuela, de una iglesia dentro de los marcos del estructural-funcionalismo.

Se benefició, finalmente, de su familiaridad íntima con el ambiente cultural alemán saturado por el influjo de Brentano, Husserl, Simmel, Weber y Freud. Y, particularmente, de dos experiencias teóricamente radicales con relación a la ciencia burguesa anterior: en primer lugar, la realización del viejo ideal racionalista de autonomía kantiana de una metodología impregnada por el sujeto pero paradójicamente divorciada del objeto concreto --es decir, una metodología que regulara el objeto pero que no lo constituyera. En segundo lugar, y ahí es posible atisbar el genio ecléctico de Parsons, por su solución de otro viejo ideal, frustrado, de esa misma ciencia burguesa: recuperar la dimensión ausente, la dimensión perdida de la *subjetividad* dentro de una ciencia *objetiva*. Husserl, que yo recuerde, jamás fue mencionado en la extensa obra de Parsons, pero él, Weber y Freud están ahí, en el objeto-para-los-sociólogos, en la concepción de la acción social como intencionalidad significativa. Es esa, a mi ver --y dejando de lado, por supuesto, los otros motivos ya mencionados que dan cuenta del *appeal* de Parsons-- la contribución más valiosa de ese sociólogo norteamericano para el desarrollo del pensamiento sociológico contemporáneo. Parsons, *ça va sans dire*, no es un Lévi-Strauss o un Foucault preocupado por dimensiones subjetivas arqueológicas o por estructuras profundas propias de nuestra humanidad: lo máximo que Parsons concede, en ese sentido, es la existencia de valores, orientaciones normativas y disposiciones básicas (*need-dispositions*) por parte del actor social, la pieza maestra del sistema social que le interesa y que "abracadabriz" cualquier puerta que oculte enigmas e interrogantes para nuestro conocimiento del hombre y de la historia. Pero ese máximo, paradójicamente y en contraste con Foucault y Lévi-Strauss, permite una *primera* aproximación entre el pernicioso objetivismo sociológico y el saludable reencuentro con la actividad social históricamente situada del actor.

No tengo la menor duda que esta última evaluación del pensamiento de Parsons y de su contribución, más virtual que actual hasta ahora, será considerada herética por tirios y troyanos, por estructural-funcionalistas y por marxistas. Me parece, sin embargo, que una vez apaciguadas las pasiones que durante más de veinte años nos llevaron a definir, de forma grosera y corporativa, nuestra identidad como cientistas sociales en función de la respuesta afirmativa o negativa a la pregunta ansiosa y gregaria: "¿Usted es parsoniano?", esta es una buena forma probablemente iconoclasta, de rendir un homenaje póstumo y duradero al hombre que, bien o mal, hizo del conocimiento de lo social una vocación por parte de aquellos que aún vacilan entre convicciones filosóficas intensas y dudas metodológicas profundas y que todavía esperan, quizá, una síntesis más exitosa que la ofrecida por el americano de Harvard.